

## *Un Estado con una misión concreta: el alivio*

Si el capitalismo industrial tuvo como figura central al obrero y el capitalismo financiero reorganizó la escena en torno a la ciudadanía endeudada y a los movimientos sociales fragmentados, el capitalismo acelerado ha producido un desplazamiento más profundo: el sujeto político ya no se define primordialmente por su posición en la estructura productiva, sino por su condición corporal. Lo que hoy nos iguala no es sólo el lugar que ocupamos en el mercado de trabajo, sino la experiencia compartida del agotamiento, del estrés persistente, de la captura de la atención y de la ansiedad financiera que atraviesa sistemas nerviosos sometidos a estímulos permanentes. El cuerpo —no como metáfora, sino como realidad neurobiológica concreta— es el territorio donde se inscribe el conflicto central de nuestro tiempo.

En este marco, la pregunta por el Estado ya no puede formularse en los términos clásicos del siglo XX. No se trata únicamente de discutir tamaño o eficiencia, sino de definir su función frente a esta nueva ontología histórica. Si el cuerpo es el sujeto social producido por el capitalismo acelerado, el Estado que aspire a una transformación democrática debe garantizar condiciones neurobiológicas mínimas para la libertad. No hay libertad posible cuando el sistema nervioso vive activado por el miedo económico, la incertidumbre estructural o la hiperestimulación digital. La libertad no puede seguir siendo un significativo vacío; requiere condiciones fisiológicas y materiales de posibilidad.

La derecha ha logrado instalar una idea abstracta de libertad desligada de toda materialidad. Sin embargo, nadie ejerce autonomía real cuando debe trabajar jornadas extenuantes para apenas rozar la canasta básica, cuando la inestabilidad amenaza la subsistencia familiar o cuando el escaso tiempo disponible es capturado por dispositivos diseñados para explotar circuitos dopaminérgicos con la lógica de una adicción. La libertad invocada en abstracto se vuelve entonces una ironía: no es falta de voluntad, es asedio sobre el sistema nervioso.

Un Estado del alivio no puede limitarse a garantizar ingresos si para alcanzarlos exige autoexplotación ni puede conformarse con estabilizar variables macroeconómicas dejando intactos los mecanismos de captura cognitiva que profundizan el agotamiento colectivo. La materialidad y la neurobiología se retroalimentan. Sin estabilidad económica, el cuerpo vive en alerta; sin tiempo disponible y protección frente a la colonización de la atención, esa estabilidad resulta insuficiente.

La Argentina de la última década ofrece un laboratorio doloroso de esta dinámica. Inflación persistente, endeudamiento, ajustes, precarización y pluriempleo no sólo deterioraron indicadores: atravesaron cuerpos. La incertidumbre dejó de ser coyuntura para convertirse en atmósfera. A esa presión se sumó la expansión de plataformas digitales que ocuparon el tiempo residual bajo promesas de conexión, mientras profundizaban la fragmentación atencional y el cansancio cognitivo.

No puede haber proyecto democrático sostenible en una sociedad exhausta. La estabilidad macroeconómica, en equilibrio con la economía real, deja de ser un objetivo técnico para convertirse en una política de salud pública. Reducir el estrés financiero, garantizar previsibilidad, regular jornadas laborales y discutir los límites de la economía de la atención forman parte de una misma arquitectura institucional orientada a recuperar pisos básicos de seguridad y estabilidad.

### *Un Estado situado aquí y ahora*

El Estado del alivio no es una promesa refundacional ni la proyección de un ideal abstracto. Es un Estado situado en un momento histórico preciso y en un país concreto: Argentina. No parte de doctrinas cerradas, sino de una constatación material: los cuerpos están exhaustos y esa extenuación tiene causas identificables.

Su objetivo no es inaugurar una nueva épica, sino recuperar condiciones mínimas de alivio para quienes sostienen la vida económica y social. Esto implica devolver a las personas algo progresivamente expropiado: la propiedad efectiva del fruto de su trabajo, de su tiempo, de su atención y de sus capacidades cognitivas. El capitalismo acelerado no sólo concentró ingresos; concentró energía vital; no sólo transfirió recursos hacia grandes grupos económicos mediante mecanismos financieros, sino que desarrolló dispositivos tecnológicos capaces de intervenir sobre los circuitos dopaminérgicos y producir una asimetría cognitiva inédita en la historia de la humanidad, exponiendo especialmente a jóvenes y adolescentes a dinámicas de captura atencional y emocional permanente.

Frente a este escenario, el Estado del alivio asume una única premisa operativa: garantizar un piso mínimo de estabilidad material y neurofisiológica que permita recomponer la autonomía individual y colectiva. Estar situados históricamente implica también renunciar a tentaciones mesiánicas. Argentina es un país periférico en un contexto

geopolítico inestable; pretender rupturas absolutas sería funcional a nuevas frustraciones. La estrategia es secuencial y consciente de sus restricciones.

El primer paso es estabilizar los fundamentos macroeconómicos sin destruir el tejido productivo ni el mercado interno. Una macroeconomía ordenada que convive con pluriempleo y destrucción productiva no produce libertad, sino cuerpos agotados. La estabilidad fiscal y monetaria sólo adquiere sentido si se traduce en recomposición microeconómica y alivio tangible para las economías familiares, aprovechando las ventajas relativas del país sin profundizar dinámicas extractivas desreguladas.

Al mismo tiempo, el Estado no puede permanecer indiferente ante el impacto del proceso tecnológico sobre los sistemas nerviosos. No se trata de frenar la innovación, sino de regular sus efectos cuando convierten a la población en campo de prueba de modelos basados en la extracción masiva de datos y la manipulación conductual. La protección de la infancia y la adolescencia y la regulación de la economía de la atención son componentes centrales de esta etapa.

Este no es el viejo Estado de bienestar, sino una forma institucional transicional cuyo propósito inmediato es restituir márgenes de respiración colectiva. Sin una base mínima de estabilidad material y neurofisiológica, cualquier promesa de desarrollo carece de sustento humano. Hablar de futuro mientras a la generación actual se le expropia su tiempo, su atención y su tranquilidad es una contradicción estructural. El tiempo es el recurso más escaso y más injustamente distribuido del capitalismo acelerado; recuperarlo es recuperar soberanía sobre la propia vida.

El Estado del alivio no promete milagros. Promete método, eficiencia, precisión y secuencia para intervenir allí donde el cuerpo está más presionado y devolver, progresivamente, condiciones de libertad reales. Porque en una sociedad exhausta, el primer acto verdaderamente transformador no es acelerar, sino aliviar.

### *Un Estado de precisión*

Si el sujeto social del capitalismo acelerado es el cuerpo y si la misión histórica del Estado es producir alivio, entonces sus características institucionales no pueden ser las de un

aparato difuso, declamativo o meramente redistributivo en términos abstractos. El Estado del alivio debe ser, ante todo, un Estado de precisión.

La universalidad de sus políticas no desaparece, pero se redefine. No se trata de universalizar retóricamente beneficios que luego se diluyen en burocracias ineficientes, sino de actuar con alcance universal dentro de conjuntos claramente delimitados por necesidades concretas. La precisión no significa fragmentación arbitraria ni segmentación mercantil de la población; significa identificar con claridad dónde el cuerpo está más presionado y dirigir allí recursos, tiempo institucional y capacidad operativa. En un país con restricciones materiales severas, la dispersión es injusticia, y la prioridad es una forma de justicia.

Esta precisión no debe confundirse con la lógica disciplinaria que describió Foucault, donde el saber sobre los cuerpos funciona como instrumento de sujeción. Aquí el conocimiento no busca domesticar ni normalizar conductas, sino retroalimentar un sistema de políticas públicas que sea eficaz en el uso del gasto, y efectivo en la restitución de derechos. La información no como herramienta de control, sino como instrumento de alivio. La diferencia es sustantiva: no se trata de vigilar para corregir, sino de conocer para responder.

En el capitalismo acelerado, las plataformas tecnológicas han demostrado que la información y los datos permiten intervenir con altísima precisión sobre la atención, el deseo y la conducta. Han invertido miles de millones para construir tecnologías de gran asimetría cognitiva en contacto con el cerebro y sistema nervioso humano individual, capaces de anticipar comportamientos y moldear decisiones. El Estado del alivio no puede renunciar a la tecnología en nombre de una pureza nostálgica, pero debe disputar su uso. Allí donde las corporaciones emplean datos para maximizar extracción y dependencia, el Estado debe utilizarlos para garantizar derechos y reducir sufrimiento. La misma herramienta puede servir para fragmentar o para recomponer.

Un Estado responsable no declama derechos: los ejecuta. Si la Constitución y las leyes consagran garantías sociales, el problema ya no es normativo sino operativo. La pregunta es cómo hacer que esos derechos se materialicen en tiempos razonables y con impacto tangible. En un contexto de escasez relativa, esto implica establecer escalas de prioridad. No todas las situaciones requieren la misma intervención ni tienen la misma urgencia. La jerarquización no es discriminación; es reconocimiento de la desigual intensidad del daño.

Desde esta perspectiva, el criterio rector vuelve a ser el cuerpo. No es lo mismo quien enfrenta un estrés financiero creciente que compromete su salud y su estabilidad familiar, que quien opera en el margen de la renta financiera para expandir patrimonios ya consolidados. El Estado del alivio organiza sus prioridades desde las necesidades más básicas de subsistencia hacia dimensiones más complejas de bienestar. Y reconoce que el cuerpo humano es una totalidad integrada: necesita materialidad mínima, validación simbólica y condiciones neurofisiológicas que le permitan proyectar futuro. Sin tranquilidad básica no hay libertad política, sin horizonte de mediano plazo no hay ciudadanía activa.

En este punto aparece una cuestión decisiva: ¿cómo instrumentar mecanismos de detección y respuesta sin que el Estado sea percibido como una nueva forma de control? La preocupación no es menor, pero debe formularse con honestidad histórica. Los dispositivos de vigilancia y acumulación de datos ya existen, tanto en manos de empresas privadas como en estructuras estatales. Cámaras, registros biométricos, bases de datos financieras y digitales configuran un ecosistema de información que precede al Estado del alivio. La diferencia no radica en la existencia de datos, sino en su finalidad y en sus límites.

La legitimidad del Estado de precisión dependerá de tres condiciones: transparencia en el uso de la información, límites normativos claros y orientación explícita hacia la restitución de derechos. Los datos no pueden convertirse en instrumento de segmentación política ni de manipulación conductual; deben funcionar como indicadores de necesidad y como mecanismos de evaluación de impacto. La ciudadanía debe saber qué información se utiliza, para qué fines y bajo qué controles democráticos. Allí donde hoy predomina la opacidad corporativa, el Estado del alivio debe ofrecer trazabilidad pública.

Un Estado de precisión, entonces, no es un Estado invasivo, sino un Estado eficaz. No amplía el control; redefine la responsabilidad. Asume que conocer mejor la situación concreta de los cuerpos no es un acto de dominación, sino una condición para intervenir con justicia en un contexto de recursos finitos. La alternativa no es entre datos o ausencia de datos, sino entre datos al servicio de la extracción privada o datos orientados a reducir el sufrimiento personal y colectivo.

La precisión, en este sentido, es la forma institucional que adopta el alivio cuando abandona la declamación y se convierte en política pública concreta. Porque en una

sociedad atravesada por múltiples capas de desgaste, la indiferenciación no es neutral: perpetúa desigualdades. Sólo un Estado capaz de leer con claridad dónde duele más puede comenzar, efectivamente, a aliviar.

### *David frente a Goliath*

Una de las críticas recurrentes de las derechas liberales, neoliberales y las nuevas derechas del capitalismo acelerado ha sido identificar toda ampliación del rol estatal con la construcción de un aparato elefantiásico, pesado e ineficiente, que obstaculiza la libertad individual y sofoca la iniciativa privada. Esa imagen del Estado como elefante inmóvil ha funcionado durante décadas como una metáfora eficaz para desacreditar cualquier proyecto de intervención pública. El Estado del alivio no sólo no encaja en esa caricatura: la desarma.

No se trata de expandir indefinidamente la estructura burocrática ni de superponer capas administrativas sobre capas administrativas. Por el contrario, se trata de construir un Estado capaz de actuar con mayor eficacia sin necesariamente crecer en volumen. La clave no está en el tamaño, sino en la arquitectura operativa. Un Estado de precisión, apoyado en el uso inteligente de la tecnología, puede reducir tareas repetitivas, simplificar procesos y concentrar recursos humanos allí donde el contacto humano es insustituible.

La tecnología, en este esquema, no sustituye a la persona; la libera de la carga mecánica que hoy consume buena parte de su tiempo. La automatización de procedimientos reiterativos y la incorporación estratégica de herramientas de inteligencia artificial permiten disminuir costos operativos y agilizar trámites, pero sobre todo permiten jerarquizar el trabajo estatal. El centro ya no es la mera tramitación, sino el análisis. Los trabajadores administrativos y profesionales del Estado dejan de ser engranajes de procesos lentos para convertirse en intérpretes de información compleja, en analistas capaces de detectar con mayor rapidez dónde el cuerpo social está más presionado y dónde la intervención pública es más urgente.

Este es el núcleo del acuerdo entre el Estado del alivio y quienes lo sostienen cotidianamente: sus trabajadores. No se trata de precarizar ni de reducir indiscriminadamente, sino de reconvertir perfiles, de capacitar de manera constante en el uso de tecnologías avanzadas y de otorgar nuevas responsabilidades. La inteligencia artificial no decide; procesa, los datos no gobiernan, informan; la decisión sigue siendo

humana. Es el trabajador o la trabajadora, reconvertido en un operador crítico de información, quien evalúa prioridades y ejecuta políticas. La tecnología amplía la capacidad de respuesta, pero no reemplaza el juicio político ni la sensibilidad social.

En este sentido, el Estado del alivio no es un Estado de control ampliado, sino un Estado que utiliza herramientas contemporáneas para cumplir con mayor eficacia obligaciones ya consagradas en la ley. Allí donde hoy predominan estructuras lentas y fragmentadas, la precisión tecnológica permite actuar con mayor rapidez sin multiplicar instancias burocráticas. Menos fricción administrativa, más capacidad de intervención.

Frente al discurso que presenta al Estado como leviatán desmesurado, conviene desplazar la mirada hacia donde realmente se ha concentrado el poder. Los verdaderos leviatanes contemporáneos no son los Estados que buscan garantizar derechos, sino las corporaciones tecnológicas y los grandes monopolios financieros y productivos cuya escala económica, operativa y hasta militar supera, en muchos casos, la de países enteros. Son esas estructuras las que hoy invaden la vida cotidiana, capturan datos, modelan conductas y sitian cuerpos con una capacidad de intervención inédita. El problema no es la existencia de poder concentrado; es quién lo ejerce y con qué finalidad.

El Estado del alivio no pretende competir con ese poder en términos de tamaño, sino en términos de inteligencia estratégica. Si las corporaciones utilizan precisión algorítmica para maximizar rentabilidad, el Estado puede utilizar precisión institucional para maximizar bienestar. No necesita convertirse en un gigante para hacerlo; necesita claridad de misión y eficiencia operativa. Como en la historia bíblica de David y Goliat, no fue el tamaño, los músculos, sino la precisión la que le dio la victoria al más pequeño frente al gigante, por lo tanto no se trata de reproducir la fuerza bruta del adversario, sino de comprender sus puntos vulnerables y actuar con exactitud.

Un Estado más eficiente no es un Estado más pequeño en derechos, sino un Estado más concentrado en su función. Reduce dispersión, elimina redundancias, profesionaliza su planta y fortalece la toma de decisiones informada. En vez de crecer indiscriminadamente, se vuelve más nítido, en vez de expandir control, amplía capacidad de respuesta.

De este modo, la discusión deja de ser tamaño versus mercado, y pasa a ser eficacia pública versus concentración privada. El verdadero elefante, el Leviatán contemporáneo, es el entramado de corporaciones que operan sin regulación suficiente y con un nivel de

penetración sobre la vida cotidiana que ningún Estado democrático ha ejercido jamás. Frente a ese escenario, un Estado de precisión no es una amenaza para la libertad: es una condición para que la libertad vuelva a tener sustento material y neurobiológico.

## *La Macro*

### *Las reservas como sistema inmunológico*

Si el cuerpo es el sujeto político de nuestro tiempo, la macroeconomía es el sistema circulatorio que lo sostiene. Cuando ese sistema es frágil, cualquier shock externo se convierte en crisis interna. En un mundo atravesado por guerras comerciales, conflictos militares y reconfiguraciones geopolíticas profundas, las reservas internacionales ya no son un indicador técnico reservado a especialistas: son un instrumento de soberanía y estabilidad. La capacidad de un país para atravesar turbulencias sin trasladarlas inmediatamente al precio del dólar, al salario y a la vida cotidiana depende, en gran medida, de la fortaleza de su Banco Central y del volumen de reservas que respalde su moneda.

América Latina ofrece ejemplos recientes de esta función amortiguadora. Brasil, Chile, México, Perú y Colombia atravesaron episodios de volatilidad global con menor dramatismo cambiario porque construyeron, en distintos momentos históricos, colchones de reservas que les permitieron absorber shocks sin que cada movimiento del mercado se transformara en corrida. Las reservas funcionan como un doble anclaje: estabilizan expectativas y reducen la capacidad de los actores financieros para forzar devaluaciones abruptas. Cuando el Banco Central tiene espalda, el dólar deja de ser un termómetro obsesivo de la vida pública.

Argentina también conoció esa experiencia luego de la crisis de 2001. La acumulación de reservas permitió cancelar la deuda con el Fondo Monetario Internacional y recuperar

margen de maniobra. Sin embargo, ese proceso se vio erosionado por déficits estructurales —particularmente el energético—, por períodos prolongados de dólar artificialmente barato y por una dinámica persistente de fuga de capitales que reaparece cíclicamente. La economía argentina desarrolló una matriz en la cual empresas y sectores con capacidad de ahorro dolarizan excedentes y los colocan fuera del sistema, debilitando la posición externa incluso en momentos de crecimiento exportador.

Aquí aparece una constatación incómoda pero ineludible: exportar más no alcanza si el régimen financiero drena sistemáticamente las divisas generadas por el esfuerzo productivo. Tanto el neoliberalismo clásico como ciertas versiones del desarrollismo reciente depositaron en la expansión exportadora la solución casi automática de la restricción externa. Sin embargo, si las reservas se evaporan en el pago de intereses, en la refinanciación permanente de deuda o en mecanismos de valorización financiera que incentivan la salida de capitales, la acumulación se vuelve ilusoria. El problema no es sólo cuánto ingresa, sino cuánto se retiene y bajo qué reglas.

El Estado del alivio debe comprender que la estabilidad cambiaria no es una obsesión técnica, sino una condición para reducir el estrés financiero de la sociedad. Cada corrida, cada salto abrupto del dólar, cada crisis de reservas se traduce en inflación, pérdida salarial y angustia anticipatoria. La fragilidad del Banco Central se convierte en fragilidad del cuerpo social. Por eso, reconstruir un proceso sostenido de acumulación de reservas es una política de salud pública en sentido amplio: disminuye la incertidumbre, amplía el horizonte y restituye previsibilidad.

Hoy Argentina cuenta con una ventaja estructural que no tenía en otros ciclos: el potencial energético y minero, sumado a la tradicional capacidad agroexportadora. La reversión del déficit energético, la expansión de la producción en Vaca Muerta y las inversiones en infraestructura abren la posibilidad de generar superávits externos significativos en los próximos años. A ello se suma una economía del conocimiento con capacidades humanas desarrolladas gracias a décadas de inversión en educación pública y ciencia. No se trata de imaginar una superpotencia, sino de reconocer ventajas relativas que pueden fortalecer la posición externa si se articulan con una estrategia financiera consistente.

Sin embargo, ninguna fuente de divisas será suficiente si no se redefine la relación entre Estado, sistema financiero y acumulación de reservas. El alivio macroeconómico exige, antes que nada, cortar el circuito por el cual los dólares ingresan por la vía productiva y

egresan por la vía especulativa. La pregunta no es sólo cómo exportar más, sino cómo impedir que las arcas públicas permanezcan estructuralmente perforadas. Mientras la renta extraordinaria se canalice hacia esquemas de valorización financiera que multiplican intereses y rollean deuda sin reducirla, el Banco Central seguirá funcionando en estado de vulnerabilidad crónica.

Las reservas, en este sentido, son el sistema inmunológico de la economía. Sin ellas, cualquier shock externo —una suba de tasas en Estados Unidos, una caída en los precios internacionales o un conflicto bélico— se convierte en crisis interna. Con ellas, el Estado puede administrar tensiones sin trasladarlas automáticamente a los salarios y al costo de vida. Para una política del alivio, la acumulación de reservas no es acumulación por acumulación misma: es la condición macroeconómica que permite descomprimir el cuerpo social y evitar que cada turbulencia global se transforme en un nuevo ciclo de angustia colectiva.

### *Reservas, deuda y equilibrio geopolítico*

La acumulación de reservas no puede ser un acto improvisado ni una consecuencia residual de un buen año exportador. Debe transformarse en política explícita, anunciada y cumplida. La experiencia internacional demuestra que la previsibilidad en la compra de divisas reduce volatilidad antes incluso de alcanzar grandes volúmenes acumulados. Cuando un Banco Central comunica metas claras —cuánto se comprará, en qué períodos y bajo qué condiciones estacionales— y efectivamente las cumple, el mercado internaliza que existe un rumbo. Y el rumbo, en economías frágiles, vale casi tanto como las reservas mismas.

Argentina posee una estacionalidad marcada en el ingreso de dólares: la cosecha gruesa, la variación de los precios internacionales, el ciclo energético, el crecimiento de exportaciones de Vaca Muerta. Sobre esa base puede diseñarse un esquema de acumulación programada que no dependa de decisiones discrecionales sino de reglas transparentes. No se trata de sorprender al mercado, sino de domesticar la incertidumbre. La previsibilidad no se declama; se construye con cumplimiento sostenido.

Sin embargo, el problema argentino no se agota en la falta de divisas, la trampa es más profunda. El país es acreedor en términos privados y deudor en términos públicos. Mientras cerca de 300.000 millones de dólares de ahorro argentino permanecen fuera del

sistema local, el Estado se financia a tasas elevadas y depende del rol financiero permanente para evitar el default. Los blanqueos permiten ingresos transitorios, pero no modifican la estructura que incentiva la externalización del ahorro. Exportamos, ingresan dólares, pero una parte significativa se evapora en pagos de intereses, refinanciaciones sucesivas y mecanismos de valorización que drenan reservas.

El Estado del alivio no puede desconocer esta realidad ni romper abruptamente con ella. No pagar la deuda implicaría un shock cuyos costos recaerían sobre la sociedad. Pero tampoco puede naturalizar un esquema en el que cada dólar acumulado termina subordinado a la lógica financiera. La tarea consiste en administrar la transición: acumular reservas de manera sostenida, reducir gradualmente el riesgo país mediante cumplimiento macroeconómico y, a medida que disminuya la prima de riesgo, refinanciar pasivos a tasas más bajas. No es épica; es persistencia.

En este punto, el rol del Banco Central resulta decisivo. No debe actuar como simple caja del Tesoro ni como enclave tecnocrático aislado de la realidad social. Debe convertirse en estabilizador sistémico. Defender reservas, administrar flujos de capital, coordinar con la política fiscal y regular incentivos que promueven la fuga no implica estatizar el sistema financiero, sino reencuadrarlo en función del interés público. Sin reservas, cada tensión externa se convierte en corrida; con reservas, el Estado recupera capacidad de administración.

La dimensión geopolítica agrega complejidad. La deuda con el Fondo Monetario Internacional está atravesada por la influencia decisiva de Estados Unidos. Al mismo tiempo, existen alternativas de financiamiento y comercio vinculadas a otros polos de poder, como China o los BRICS, que permiten diversificar riesgos y reducir dependencia exclusiva del dólar en ciertas transacciones. En un mundo fragmentado, la política macroeconómica no puede ser ingenua ni dogmática, las narrativas apocalípticas de “amigo-enemigo” solo cohartan posibilidades reales de afianzar un rumbo macroeconómico estable. Se requiere un equilibrio multilateral maduro: sostener compromisos, ampliar vínculos, evitar alineamientos automáticos y priorizar, en cada decisión, la estabilidad interna.

El alivio de los cuerpos depende, en última instancia, de este equilibrio externo. Sin estabilidad macroeconómica no hay horizonte; sin horizonte no hay tranquilidad posible. La acumulación de reservas, la administración responsable de la deuda y la diversificación geopolítica no son capítulos técnicos separados del proyecto político: son

las condiciones que permiten reducir la ansiedad estructural que atraviesa a la sociedad argentina. El desafío consiste en salir de la lógica de la emergencia permanente y construir un régimen estable donde las reservas funcionen como amortiguador, no como botín transitorio.

### *Dos modelos de credibilidad*

La política fiscal puede utilizarse como instrumento de estabilización o como espectáculo de obediencia. En el primer caso, el equilibrio presupuestario es una herramienta técnica para evitar emisión descontrolada y reducir presión inflacionaria o endeudamiento. En el segundo, se convierte en una señal ideológica dirigida al mercado: demostrar que el gobierno está dispuesto a aplicar cualquier recorte, incluso a costa del deterioro social, con tal de garantizar el pago de la deuda.

La diferencia no es menor. Un superávit fiscal construido sobre la destrucción del empleo, el congelamiento jubilatorio, la paralización de la obra pública y la erosión del consumo interno puede mostrar disciplina contable, pero simultáneamente deteriora la estabilidad política y la capacidad productiva futura. El mercado no sólo evalúa voluntad de pago; evalúa sostenibilidad. Si el ajuste erosiona la base económica y genera incertidumbre institucional, el riesgo país no necesariamente desciende, porque el problema deja de ser contable y se convierte en político.

Para una Argentina Vital, el Estado del alivio propone otra forma de construir credibilidad. El equilibrio fiscal no es un fetiche ni una bandera moral; es una condición necesaria para estabilizar la moneda. Pero la verdadera garantía de solvencia externa es la acumulación sistemática de reservas. Un país que acumula divisas de manera programada, que comunica metas explícitas y que las cumple, transmite una señal más sólida que aquel que ajusta sin construir respaldo externo.

El ajuste demuestra voluntad de pago; las reservas demuestran capacidad de pago.

Sin reservas, cualquier tensión externa puede transformarse en corrida. Con reservas suficientes, el Estado recupera margen de maniobra y reduce la probabilidad de crisis abruptas. Esa diferencia es crucial para que el financiamiento externo, cuando sea necesario, pueda obtenerse a tasas razonables y en condiciones sostenibles.

La credibilidad duradera no se construye mediante el sacrificio social ilimitado, sino mediante solvencia estructural, previsibilidad macroeconómica y estabilidad

institucional. El equilibrio fiscal es una pieza del engranaje; la acumulación de reservas es el ancla. Sólo la combinación de ambas puede ofrecer un horizonte consistente para una economía históricamente atrapada entre la emisión inflacionaria y la escasez crónica de dólares.

### ***Tipo de cambio y política monetaria: entre la ficción del peso fuerte y el trauma de la devaluación***

La Argentina ha vivido su política cambiaria como una sucesión de episodios traumáticos. Dólar barato para contener la inflación y sostener una sensación de prosperidad inmediata; megadevaluación correctiva para recomponer reservas y recuperar competitividad externa. Luego, la inflación se encarga de licuar el efecto de la devaluación y el ciclo vuelve a empezar. Una regla no escrita atraviesa nuestra historia reciente: cada gobierno tiene, al menos, una devaluación y un blanqueo para recomponer dólares. Eso no constituye una política monetaria; es administración crónica de emergencia.

El esquema actual (marzo de 2026) no escapa a esa lógica pendular. El tipo de cambio se sostiene mediante tasas de interés extremadamente elevadas que incentivan el carry trade, regulaciones cruzadas entre mercados, restricciones a giros de utilidades y ventas de divisas para evitar tensiones. No se trata de una estabilidad construida sobre fortaleza estructural, sino de una estabilidad inducida por instrumentos que tienen costos significativos sobre la economía real. La tasa alta puede contener transitoriamente la demanda de dólares (que sigue siendo elevada aún con tasas altas), pero encarece el crédito productivo, desalienta inversión y reduce expansión industrial.

El dólar artificialmente barato produce alivio inmediato en algunos precios transables, pero erosiona competitividad exportadora, estimula importaciones y dificulta la acumulación de reservas. Se convierte en una ficción monetaria sostenida por intervenciones constantes. Cuando cambian las expectativas o el contexto externo se vuelve adverso, los capitales financieros que ingresaron atraídos por la tasa elevada pueden salir con la misma velocidad, amplificando la fragilidad.

El extremo opuesto tampoco ofrece solución. Una devaluación brusca genera salto inflacionario, deterioro del salario real y pérdida de previsibilidad. El problema argentino no es simplemente el nivel del tipo de cambio, sino la ausencia de un régimen cambiario creíble, coordinado con el resto de las variables macroeconómicas y sostenido en el tiempo.

El Estado del alivio propone abandonar tanto la ficción del peso fuerte sostenido artificialmente, como la épica de la devaluación correctiva. El tipo de cambio debe reflejar condiciones reales de competitividad, permitir acumulación de reservas y articularse con una política fiscal ordenada y una estrategia comercial coherente. No se trata de elegir entre inflación o atraso cambiario, sino de construir previsibilidad.

Un dólar realista, acompañado por acumulación sostenida de reservas y disciplina fiscal (de progresión impositiva y eficiencia en el gasto), reduce la necesidad de tasas extremas y disminuye la dependencia de instrumentos de emergencia. La estabilidad cambiaria deja entonces de ser un espectáculo de intervención permanente y se convierte en consecuencia de una arquitectura macroeconómica consistente.

Recuperar credibilidad monetaria implica también desactivar la dolarización cultural como reflejo automático frente a la incertidumbre. Esa transformación no se logra con prohibiciones ni con retórica, sino con reglas claras, reservas suficientes y coherencia en el tiempo. Solo así el peso puede comenzar a consolidarse como moneda funcional y no como simple instrumento transitorio entre dos corridas.

### ***Comercio exterior y producción nacional: entre la apertura sacrificial y el encierro improductivo***

La política comercial argentina ha sido históricamente pendular. En un extremo, el cierre rígido y prolongado que buscó proteger la industria nacional aún cuando esa protección derivara en estructuras poco competitivas, precios elevados y baja innovación. En el otro, la apertura abrupta y desregulada que, bajo la promesa de abaratar bienes para el consumidor, terminó desarticulando entramados productivos enteros y precarizando el empleo.

La dictadura inauguró la apertura como doctrina, el menemismo la profundizó apoyado en un dólar artificialmente barato sostenido por privatizaciones y endeudamiento. El presente reedita la fórmula bajo el argumento de estabilizar precios mediante un peso sobrevaluado y la liberalización indiscriminada de importaciones. En todos los casos, el efecto estructural fue similar: destrucción del empleo industrial, aumento del trabajo informal y pérdida de capacidades productivas estratégicas.

El argumento del consumidor que compra más barato oculta una dinámica más profunda. El alivio inmediato en la góndola puede transformarse rápidamente en angustia laboral cuando el trabajador pierde estabilidad. El Estado del alivio no puede confundir desinflación transitoria con estabilidad estructural. Una economía que abarata bienes a costa de destruir empleo de calidad erosiona, tarde o temprano, su propio mercado interno.

Más aún, el contexto internacional actual invalida cualquier lectura ingenua del aperturismo. Las grandes potencias protegen sectores estratégicos, imponen aranceles y desarrollan políticas industriales activas en el marco de una guerra comercial creciente. Abrirse de manera unilateral en un mundo que se cierra no es liberalismo sofisticado: es asimetría estructural. Y en el caso argentino, esa apertura ocurre además bajo un tipo de cambio sobrevaluado que multiplica el impacto negativo sobre la producción local.

Sin embargo, el encierro permanente tampoco es solución. La protección indefinida genera rentas cautivas, oligopolios y precios desalineados con estándares internacionales. El ejemplo del sector textil muestra los límites de un esquema cerrado que no logra traducirse en eficiencia ni en accesibilidad para el consumidor.

El Estado del alivio propone una vía distinta: apertura estratégica de precisión. Diseccionar sector por sector, establecer metas concretas de reconversión tecnológica, fijar plazos y condicionar protección a inversión, innovación y mejora de productividad. La apertura no debe ser un shock que liquida capacidades, sino un proceso graduado que fortalece competitividad.

La Argentina no puede ni debe competir vía salarios bajos. Esa vía erosiona la cohesión social y contradice el principio mismo del alivio corporal. La competitividad debe construirse a partir de tecnología, crédito accesible, infraestructura eficiente, energía competitiva y transferencia de conocimiento. Proteger el trabajo nacional no implica congelarlo en baja productividad; implica darle condiciones para evolucionar.

En ese marco, la política comercial se articula con la geopolítica. La transferencia tecnológica, practicada con éxito por potencias emergentes, requiere negociación inteligente y multilateralismo equilibrado promoviendo el acceso al mercado interno a cambio de inversión productiva y generación de capacidades locales. Ni alineamiento automático ni aislamiento dogmático: pragmatismo estratégico al servicio del desarrollo.

El objetivo no es clausurar la economía ni exponerla al dumping global, es construir, paso a paso, un entramado industrial más competitivo, más tecnológico y más integrado al mundo sin sacrificar el empleo de calidad. Porque en última instancia, la política comercial no se mide en aranceles, sino en estabilidad laboral, previsibilidad productiva y capacidad de sostener el tiempo de vida de quienes trabajan.

A partir de esta arquitectura, la pregunta deja de ser cómo resistir la próxima crisis cambiaria y pasa a ser cómo reorganizar la vida económica concreta: el trabajo, el crédito, la vivienda, la producción cotidiana. La macroeconomía, entonces, no se cierra en sí misma; se convierte en el suelo firme sobre el cual comienza el verdadero desafío: recomponer la economía real y descomprimir, de manera tangible, la experiencia diaria de quienes habitan el país.

### *La Micro*

Si la macroeconomía organiza el sistema circulatorio, la microeconomía es el pulso, es el ritmo concreto con el que late la vida cotidiana. No se mide en puntos básicos ni en riesgo país; se mide en insomnio, en cuentas que no cierran, en discusiones familiares a fin de mes, en el miedo a que suene el teléfono del banco o de la fintech.

Quienes habitamos la economía desde el cuerpo no empezamos el día mirando la cotización en Wall Street. Empezamos mirando el saldo de la cuenta. No preguntamos cuánto rindió el bono soberano, sino cuánto falta para pagar la tarjeta. No analizamos la

tasa de interés internacional, sino la tasa que nos cobra el crédito que usamos para cubrir el descubierto. La microeconomía es esa experiencia repetida varias veces por día: ¿alcanza?, ¿subió?, ¿me quedo?, ¿me echan?, ¿vendo?, ¿pierdo clientes?, ¿puedo alquilar?, ¿qué pasa si me atraso?

Ahí aparece el concepto que ya trabajamos en la primera parte del libro: el estrés financiero. No como metáfora, sino como experiencia fisiológica. Un estrés que no surge de malas decisiones individuales, sino de un entorno estructural que empuja a la deuda permanente, a la refinanciación constante y a la incertidumbre crónica. Familias que pagan la tarjeta con un crédito de fintech, que cubren una cuota con otra, que viven en una rueda que no entienden del todo pero que sienten en el cuerpo. Trabajadores que no saben si su salario empatará a la inflación. Comerciantes que dudan si aumentar precios los hará perder ventas. Operarios que miran el noticiero, ven el cierre de fábricas importantes y se preguntan si su fábrica seguirá existiendo.

Para ciertas miradas tecnocráticas, todo esto son “daños colaterales” de un proceso mayor. El dirigente que declara que no está para “el número chiquito” expresa esa distancia: la idea de que lo verdaderamente importante ocurre en los grandes agregados y que lo demás se acomodará solo. Pero lo que para algunos es un número menor, para millones es experiencia total. La economía no se vive en porcentajes; se vive en angustia o en tranquilidad.

Por eso, en un Estado del alivio, la microeconomía no es el efecto secundario de la macro: es su finalidad. No ordenamos las variables externas para exhibir disciplina; las ordenamos para que la vida cotidiana deje de ser una carrera de obstáculos. La estabilidad cambiaria tiene sentido si reduce la inflación del supermercado. La acumulación de reservas importa si evita que cada crisis termine en salto de precios y pérdida salarial. El equilibrio fiscal es virtuoso si impide que el ajuste recaiga siempre sobre jubilados, trabajadores y pequeños productores.

Mirar la economía real implica asumir que el crédito para el consumo o para la producción no es un detalle, sino un nodo central. Que la mora creciente en bancos y fintech no es solo un dato financiero, sino un síntoma social. Que el precio del alquiler, el acceso a la vivienda, el costo de la energía y el transporte son variables estructurales del bienestar. Que el empleo industrial no es una estadística sectorial, sino la diferencia entre estabilidad y precariedad para miles de familias.

La microeconomía es también el entramado productivo concreto: el taller, la PyME, la fábrica que compite con importaciones, el pequeño comercio que sostiene al barrio y los vínculos. Cuando la apertura es abrupta y el tipo de cambio está desalineado, lo que se destruye no es una abstracción; son puestos de trabajo, saberes acumulados, redes sociales. Y cuando el crédito productivo es inaccesible porque la tasa se fija para sostener un esquema financiero, lo que se posterga es la inversión real, la que cambia la ecología de los cuerpos que podrían trabajar formalmente, con estabilidad y dignidad.

Por eso hablamos de dirigentes con credencial corporal. No alcanza con comprender técnicamente los indicadores; hay que sentir lo que esos indicadores producen. La política económica no puede ser un laboratorio aislado de la experiencia social. Necesita técnicos que sepan leer balances, pero también que entiendan lo que significa no llegar a fin de mes. Que sepan que detrás de cada punto de inflación hay discusiones familiares, y detrás de cada cierre de fábrica hay historias biográficas interrumpidas.

En esta perspectiva, la economía real se convierte en el centro gravitacional del proyecto político. No se trata de negar la macroeconomía, sino de invertir la jerarquía simbólica: la macro es instrumento, la micro es propósito. El orden externo, la estabilidad monetaria y la disciplina fiscal son medios para reconstruir algo más elemental: la tranquilidad cotidiana.

La pregunta que tiene que orientar esta etapa del país ya no es cuánto sube el dólar, sino cuánto baja la angustia. No es cuántos puntos de superávit exhibimos, sino cuántas familias dejan de endeudarse para sobrevivir. No es si el mercado confía, sino si la población puede planificar su semana sin miedo. Nuestros cuerpos ya no pueden resistir muchos más años de este estrangulamiento vital.

Desde aquí se abre el siguiente movimiento: pensar políticas concretas sobre empleo, crédito, vivienda, ingresos, regulación financiera y consumo. Pensar cómo desactivar la rueda del endeudamiento, cómo fortalecer el trabajo formal, cómo recomponer poder adquisitivo sin desestabilizar la macro. La economía real exige precisión, pero también empatía estructural.

Si la macroeconomía construye el suelo firme, la microeconomía define qué vida es posible sobre ese suelo. Y es allí, en la experiencia cotidiana de los cuerpos, donde se juega en última instancia la legitimidad de cualquier proyecto económico.